

canto sublime, vívido y puro — como dice Dal Gal —, armonía sinfónica precursora de una nueva era de civilización, lanzada a los aires con voz clara, limpia y melodiosa, en el embeleso del amor de Francisco, sobre las fértiles llanuras y sobre los risueños montes de su Umbría natal; y que hoy recorre las salas de concierto de nuestras grandes urbes europeas, como una voz de añoranza de serenidad dentro de nuestros días de confusión, añoranza de vislumbrar la imagen divina en los espejos de sus criaturas con el noble sentimiento del gozo de éstas con un beso alado de amor que se posa para lanzarse y vuela, en estos tiempos de frenética avidez por el goce de las cosas con besos vampirescos, olvidando que la raíz de su esencia no está en la apariencia que nos seduce, sino en aquellas cumbres para cuyo logro repartió Dios, entre sus amados, éxtasis de serafín e intuiciones de artista.

En virtud del mismo fundamento constantemente indicado, además del genio, además de la santidad, de la religión y de la elevación en las moradas del espíritu, contribuye también a que las cosas sean objetos de intuición estética, el hecho de que el sujeto se desenvuelva en un ambiente adecuado para el desarrollo del conocimiento mas en el cual sea leve la lucha por la vida. Por la facilidad de la vida, el egoísmo, la voluntad individuada se atenúa, y como por hipótesis el conocimiento se desarrolla, queda un sobrante de conocimiento respecto del que pide la voluntad individuada para sus fines, sobrante que constituye una capacidad de intuición estética.

Todos estos factores de intuición estética son los esen-

